

ESTUDIOS y NOTAS

LA TEORIA Y LA PRACTICA DE LA POLITICA (*)

Vuestra reunión, señores, es un gran testimonio del éxito de la ciencia política moderna. Al saludarles en nombre del Gobierno de la República, puedo asegurarles que valoramos su presencia en París y que apreciamos el honor de que nuestra capital haya sido escogida para vuestro encuentro y vuestros trabajos.

Ciertamente, la ciencia política no es nueva; hace largos siglos que vivieron los pensadores, los observadores cuyas obras constituyen para todos los que se interesan por la política una lectura atrayente y necesaria, por ser tanto un notable testimonio como una guía inestimable. Pero vosotros sois los artífices de una renovación de los estudios y de la reflexión políticos, y esta renovación que se manifiesta ahora, era necesaria, me parece, desde hace medio siglo.

El admirable movimiento de ideas del siglo XIX ha estado configurado por dos grandes corrientes opuestas que han enriquecido una y otra el pensamiento y la acción de las generaciones que nos han precedido, pero, ambas, son un poco simples en sus conclusiones políticas. El liberalismo, que ha roto la vieja sociedad con sus desigualdades y sus privilegios, ha desconocido de bastante buena gana la acción del poder: un cierto orden público, una cierta justicia, una defensa exterior; en resumen, era la libre acción de los individuos la que aseguraba el mejor equilibrio en el interior de las naciones y entre las naciones. El socialismo, al que se debe el esfuerzo constante por remediar las desigualdades demasiado fácilmente aceptadas por el liberalismo, se situaba, sin duda, en el polo opuesto a esta tesis. Analizando los mecanismos de la vida colectiva, en función a la vez de las invenciones técnicas y de los intereses, soñaba con sustituir el gobierno de los hombres por una admi-

(*) La REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS tiene el honor de publicar el discurso pronunciado por el Primer Ministro de Francia, Excmo. Sr. MICHEL DEBRÉ, en la reunión inaugural del Congreso Internacional de Ciencias Políticas en París el 26 de septiembre de 1961. La REVISTA se complace en agradecer desde estas líneas la gentileza de M. DEBRÉ al permitir la publicación y dar toda clase de facilidades para hacerla posible.

nistración de las cosas en la que el papel del poder se reduciría a una tarea de arbitraje magistral. Lo cierto es que liberales y socialistas del siglo XIX habían recogido de la filosofía del XVIII una concepción del hombre naturalmente bueno, prudente y sensato, por lo que la gran regla de la política consistía en actuar de suerte que la vida social no le arrastrase al vicio. La aspiración era generosa y noble, pero conducía a condenar o a ignorar esos resortes esenciales de la vida colectiva que son el instinto profundo de las masas y la voluntad de algunos hombres apasionados por el placer de dirigir. La vida social está marcada tanto por los sentimientos como por el combate por el Poder que anima a un pequeño número cuya acción es fundamental. Esta condena y esta ignorancia eran demasiado contrarias a la realidad para no suscitar una reacción. Pensadores y escritores bien procedentes de la corriente liberal o de la socialista, han sido atraídos por la política.

¿Y cómo no iban a ser atraídos? Desde hace cincuenta años la política ha tomado en la vida de los individuos y en la vida de las multitudes una importancia, incluso estaría tentado de decir una constante presencia. ¿Qué representaba el Poder, qué representaban las reglas de la vida política para los hombres y para los pueblos, antes de las grandes transformaciones de los ciento cincuenta últimos años? El ritmo de las estaciones, el cuadro local de la vida tradicional, los imperativos religiosos, tenían más importancia que el régimen político y sus reglas. El hambre y las guerras venían, en ocasiones y en ciertas regiones limitadas, a trastornar el lento desarrollo de una vida que comportaba poco de imprevisto y todavía menos de responsabilidad. En nuestros días todo marcha diferentemente. Cada individuo está en contacto con la política: se le habla cada mañana de ella en su periódico o en la radio; frecuentemente se le consulta, y sin cesar se le informa o se le deforma por las necesidades de la acción colectiva y las exigencias del Poder. Pero, hay más: su vida está dominada por la política: Vivimos en un tiempo en que la orientación de los negocios económicos, de las rentas individuales o familiares está inspirada fuertemente por la marcha de los asuntos públicos y, sobre todo, nuestras generaciones conocen, como en otras épocas de la historia, el drama de la inestabilidad al cual se suma gracias —si se puede hablar de gratitud— a la ciencia moderna, el sentimiento de peligros decisivos. Las amenazas están a la puerta de las Naciones más antiguas como la bomba atómica que oscurece el cielo de los países más pacíficos. Por todo esto, la política pertenece, quiérase o no, a la vida cotidiana de cada individuo, y constituye conscientemente o no una preocupación que se le impone.

Era, así pues, normal e incluso necesario, que renaciese un gran pensamiento político. Como en el pasado, teorías e ideologías han reaparecido renovadas y completadas. Como en el pasado, descripciones históricas y refle-

xiones morales han vuelto a tomar su valor. Pero el siglo que ha visto el nacimiento de un espíritu científico alimentado de observaciones, de experiencias y de deducciones razonadas, partiendo de los hechos constatados, no podía dejar de seguir el destino común que, en todos los dominios del conocimiento ha aportado un enriquecimiento tan grande. Así, desde hace más de medio siglo y progresivamente, en todos los países aquí representados, vuestros predecesores, y vosotros mismos, habéis reanudado el hilo de la gran tradición a la vez que elaborábais una disciplina científica que ha tomado el primer puesto en el universo de los estudios sociales.

* * *

¿Qué puede aportar a una Asamblea tal como la vuestra un práctico de la política, más exactamente, un práctico tráfuga de este universo?

Como es frecuente, un práctico no puede casi aportar más que una confirmación a las observaciones de los buenos pensadores y de los grandes maestros de la ciencia. Sin duda su experiencia, y hablo sobre todo de la experiencia de un práctico del poder —pues hay otros prácticos de la política— esta experiencia, digo, le conduce a proyectar sobre el funcionamiento de las instituciones un juicio fundado de las dificultades que encuentra la acción. Sumergido —el término es exacto— en peripecias en medio de las cuales es necesario desplegar sin cesar la cualidad de una acción, tiene tendencia a definir sin indulgencia científica, el papel de instituciones o de mecanismos descritos de buena fe por los mejores autores como los garantes de la prudencia, de la sabiduría, del equilibrio, mientras que él que no ve más que obstáculos a la eficacia de un mando, pues está tan abrumado de preocupaciones que maldice lo que anula o retarda el alcance de las decisiones. Pero al decir esto no os enseño nada, como no os enseñaría nada, en todo caso muy poco, subrayando que la práctica de la política y, ante todo, la práctica del poder pone de relieve lo que tantos de vosotros han descrito y lo que todos conocen perfectamente: la contradicción fundamental que existe en la médula de la política tanto se la considere desde la perspectiva del práctico que soy como un esfuerzo de habilidad cotidiana, esto es, un arte, según se decía en los tiempos antiguos, o bien, como para los maestros que sois, como un esfuerzo constante de observación y de juicio, como una ciencia, o bien, como para todos, como esta moral que nos ha legado nuestra civilización, salida a la vez de la antigüedad griega y romana, del cristianismo y de la filosofía emancipadora moderna.

Gobernar, es decir, dirigir los servicios públicos, tomar a cargo la vida colectiva, garantizar la sociedad contra la invasión, el desorden, la injusticia,

la miseria, esta tarea inmensa y nunca terminada, es la responsabilidad del poder. ¿Entonces cuáles son los límites de su acción? No puede haber obstáculo a la voluntad del poder. Todo lo que es útil a la comunidad debe ser emprendido y acabado. En fin de cuentas, es el individuo el beneficiario.

Pero somos hombres libres. La libertad es el testimonio de nuestra conciencia, la exigencia de nuestra razón. Cada individuo debe ser dueño de su conducta, de su pensamiento, de su trabajo. Entonces, toda sociedad que acepta la libertad debe someter la acción del poder a reglas precisas: ciertos fines no pueden ser considerados, ciertos medios están prohibidos. El poder no lo es todo y no lo puede hacer todo. Puesto que el individuo tiene derecho a una felicidad y a la búsqueda personal de su felicidad, su voluntad no puede a cada instante chocar contra la voluntad del poder.

Esta antinomia, que es el fundamento de las reflexiones sobre la ciencia política, la encontramos —un práctico puede asegurároslo— a cada instante en su acción. Estoy tentado de daros algunos ejemplos. Pero los conocéis o los imagináis. No tienen valor más que en razón del testimonio que yo puedo aportaros de que ellos son verdaderamente, en cada instante y en el momento de las decisiones difíciles, la trama de los problemas gubernamentales.

El poder es nacional. No puede ser de otra manera, sin artificios, sin dictadura, es decir, sin el empleo constante de la fuerza que es uno de los instrumentos de la política, pero cuyo tiempo está medido. La nación es una realidad fundamental. Ciertamente no es inmortal y su contenido puede evolucionar. El resorte interno de las naciones puede debilitarse. La fusión de las sociedades puede crear una nación, pero la nación es un hecho. Ella marca, a través de los individuos y de los grupos que la componen, una solidaridad sin la cual no existe poder salido de la adhesión popular, o apto para recibir esta adhesión. Mas un orden internacional es una necesidad, un orden a la vez respetuoso con las naciones, pero también garante de una concepción política que se imponga a los poderes nacionales, no para el beneficio de una ideología, no para el éxito de una tendencia o de una fuerza, sino orientado hacia lo que debe ser superior a todas las naciones: el respeto de los derechos humanos, la promoción de la conciencia. Este orden no existe todavía: si la responsabilidad del poder es la de preparar con fe un orden internacional digno de su nombre, ella es también en lo inmediato la de defender fuertemente a su nación. En tanto que este orden no sea satisfactorio, ¿no se retrasa esta evolución?

Cumpliendo su deber de esta manera, el poder debe ser uno. Lo que se ha dicho, se ha dicho, lo que está decidido debe ser ejecutado, lo que se ordena debe ser obedecido. Es necesario plegar al mando superior los elementos intermediarios que retardan o vacilan, es decir, deforman. ¿Pero no

es esto hacer desaparecer las instituciones: Parlamento, justicia, administración? Lo propio de las instituciones es tener una cierta medida de autonomía, de pensamiento y de acción, estar junto al poder, en el interior del poder, pero, eventualmente, contra la expresión momentánea de quien ejerce el poder. Vivimos una época difícil en que se alían contra el mando presiones exteriores e interiores. La eficacia de la acción pública, económica, social, está atenuada por organismos que no se sienten a cada instante solidarios del poder. Quien es responsable debe ser autoritario —haciendo esto ¿no se crea en el porvenir una gran angustia?—, pero las instituciones deben vivir su propia vida, no solamente para su provecho, sino para asegurar el equilibrio político indispensable a la libertad.

Todo es, de esta manera, antinomia y contradicción, y los prácticos que son los gobernantes podrían multiplicar los ejemplos casi hasta el infinito. La dignidad del individuo exige una información libre (pero la libertad de información es también el derecho a la mentira, el derecho a la verdad deformada, el derecho a la presión interesada). Así, pues, el poder tiene la obligación de informar, de explicar, hasta de imponer silencio a quien engaña consciente o malignamente. Sin embargo, ir demasiado lejos en esta vía es anular la libertad. El poder debe ser riguroso y sereno, pero al hombre le gustan las apariencias, el fasto y la esperanza. El poder debe inspirarse en la regla moral superior, que tiene el valor de una filosofía y de una civilización, pero la acción, si quiere tener resultado, debe aceptar lo que se ha convenido en llamar el hecho del príncipe o la astucia del príncipe, que la moral no puede absolver.

No os sorprenderé más al señalaros que no existe poder sin soledad. No se gobierna sin renunciar a lazos antiguos, sin romper amistades. El Estado, si quiere ser el Estado, cumplir con su papel; el poder, si quiere ser el poder, debe seguir su camino y apartar todo obstáculo que comprometa el viaje. Practicar la política es condenarse a rupturas, es aceptar una situación tanto más solitaria cuanto más edad se tiene; a los lazos y amistades antiguas no pueden suceder lazos y amistades nuevos pues las ligaduras y las amistades son, salvo excepción, flores de la juventud. Al mismo tiempo, el poder muere por la soledad. Es preciso un equipo. Son necesarias amistades numerosas y desinteresadas, un cortejo de almas simpatizantes y de corazones fieles —simpatías y fidelidades que no deben excluir la inteligencia, es decir, la crítica—. Es esta, quizá, la más difícil contradicción.

* * *

¿En qué concluir?, diréis. Algunos han respondido ya. Todo es oportunidad, y ésta es la marca del poder. El sabio, en su laboratorio, busca verda-

des eternas. El práctico, ante su enfermo, busca el curar, en todo caso el atenuar la enfermedad. El rigor es la ley del primero, la flexibilidad la regla del segundo. Si es para decirnos eso, pensáis, no había necesidad de un discurso inaugural.

Tenéis razón, naturalmente. No obstante existe un lazo entre la ciencia y la práctica, más que un lazo un principio superior. La política es un arte, la política es una ciencia, la política es también una moral. El arte y la ciencia no valen nada si uno y otra no están guiados por un principio superior.

A finales del último siglo, ante el espectáculo prodigioso de los progresos de la ciencia, cuántos pensadores —y de entre ellos los más nobles— han esperado y afirmado que la moral iba a la par con la ciencia. Desde entonces, el desarrollo de los conocimientos, la perfección de las técnicas nuevas, iban a abrir para el mundo una Era que sería al mismo tiempo la Era de la invención y la de la prudencia. En otros términos, una profundísima corriente de pensamientos que, puede decirse, ha impregnado todo el Occidente y, a través del Occidente una gran parte de las élites pensantes del mundo entero, ha querido creer que los progresos de la ciencia y de la moral iban a la par.

Si existe una lección que las generaciones que viven hoy han podido deducir de los acontecimientos de nuestro siglo XX, es que esta creencia de la generación precedente ha sido muy amargamente desmentida por los hechos. La invención es una cosa, la sabiduría es otra. La ciencia abre perspectivas, la técnica proporciona medios. Tanto el mal como el bien pueden aprovechar estas perspectivas y usar estos medios. Vayamos incluso hasta el final de la reflexión que inspira la experiencia. Las fuerzas que animan el poder embriagado de su potencia captan más deprisa que la filosofía de los moderados y de los prudentes, todo lo que, en su beneficio, puede aportar una ciencia o una técnica. La áspera voluntad de dominación está más al acecho del progreso que el tranquilo estado de espíritu de los gobernantes pacíficos. Física, biología, psicología en vez de volverse para el bien de la humanidad, ¡qué fácilmente sirven a los gobernantes apasionados, contra la libertad, contra la persona humana! Antes de que la razón haya tenido tiempo de ordenar lo que podía hacer de los progresos del espíritu humano para el beneficio de todos o de cada uno, la violencia ha comprendido y lanza una brutalidad nueva. ¿Es necesario decir más? Nuestros recuerdos están demasiado cercanos, nuestra angustia permanente. Esta lección de la experiencia es una lección tanto para nosotros los prácticos como para vosotros, los sabios. Las perspectivas de la ciencia, los medios de la técnica mejoran sin cesar y pueden preparar los días del Apocalipsis si la política, que tiene en fin de cuentas la responsabilidad del gobierno de los hombres, no recuerda que es hija de la moral. Ella es la doctrina y la práctica del poder, es cierto. Pero ni la doctrina

ni la práctica encuentran en ellas mismas su razón de ser. La persona humana es nuestra preocupación, a través de sus herencias personales, sus tradiciones familiares, sus imperativos económicos, sus solidaridades históricas.

Sin duda es preciso saber que el esfuerzo de conocimiento, como el esfuerzo de mando, no son nunca más que una obra modesta en presencia de los grandes y profundos movimientos en que juegan a la vez la masa humana y la eternidad del tiempo, que aplastan tanto a los individuos que piensan como a los que actúan. Pero la necesidad, la arrogancia humana resultan de una voluntad permanente de combate.

Este combate es el del poder, y este poder no puede conocer el éxito más que si la ciencia, de la cual sois los representantes, fija sus ideas y orienta su acción. Esto es decirnos la importancia de vuestros trabajos y el interés que los gobiernos ponen en ellos.

MICHEL DEBRÉ

(Traducido del francés por CARLOS FERNÁNDEZ LIÉBANA.)

RÉSUMÉ

Actuellement il est entrain de se produire une rénovation des études politiques dont la nécessité se faisait sentir depuis un demi siècle après l'insuccès de la conception rationaliste de l'homme qui ne comprit pas l'importance des sentiments et de la volonté de pouvoir dans la vie politique. Cette rénovation est aussi stimulée par la politisation croissante de la vie.

La pratique de la politique et du pouvoir corrobore les observations des penseurs sérieux, et, surtout les contradictions fondamentales qui existent dans la politique, aussi bien si on la considère comme un art, comme une science ou comme une morale. Contradiction entre le pouvoir et la liberté, entre la nation et l'ordre international, entre le solitude et le travail d'équipe.

Tout ceci ne signifie pas que la politique pratique doit se faire opportuniste en se divorçant de la théorie. Entre la théorie et la pratique il y a un lien: la nécessité de toutes deux d'être guidées par un principe supérieur de caractère moral. Les espérances ingénues du XIX^{ème} siècle d'un progrès parallèle à la science et à la morale ne se sont pas accomplies. L'âpre volonté de domination est plus à l'affût du progrès que l'état d'esprit tranquille des gouvernants pacifiques.

Mais cette lutte du pouvoir n'obtiendra pas de succès si la science ne précise pas ses idées et ne détermine pas une action.

SUMMARY

At the present time there is a transformation of political studies taking place, which has been necessary for half a century after the failure of man's rationalist conception which did not capture the importance of feelings or the will for power in political life. This transformation is also helped by the growing politization of life.

The practice of politics and power corroborate the observations of good thinkers and, particularly all the basic contradictions that occur in politics, it is considered as much an art, a science or a morale. Contradiction between power and freedom, between nation and international order, between solitude and team work.

All this does not mean that practical politics should become opportunist completely breaking off from theory altogether. There is a link between theory and practice: the demand for a higher moral principal to rule over both. The ingenuous hopes of the XIXth Century for a progress parallel to science and morale have not been fulfilled. Moreover, the bitter will for domination is more on the alert as regards progress than the calmness of spirit of the pacific governors.

But this struggle for power will be to no avail if science does not settle its ideas and go into action.